

Vida cristiana y celebración litúrgica: La relación entre liturgia y espiritualidad *

Moisés Daniel Pérez Díaz**

Recibido: 18 de junio de 2014 • Aprobado: 20 de agosto de 2014

Resumen

El artículo aborda la relación entre la vida cristiana y la dimensión celebrativa de la fe, así como sus implicaciones de cara a la espiritualidad. La primera parte es una precisión de aspectos que ayudan a entender cómo la liturgia es una realidad dinámica que ayuda a vivir la fe y su compromiso transformador de la realidad. La segunda parte se adentra en la relación entre liturgia y espiritualidad resaltando los elementos que caracterizan a la espiritualidad cristiana y cómo la liturgia impregna esta dimensión de la fe.

Palabras clave: espiritualidad, existencia cristiana, fe, liturgia.

* Escrito producto de la investigación del autor.

** Magíster en Teología. Vicerrector académico de CEBITEPAL-CELAM. Correo electrónico: vicerecortepal@celam.org

Christian Life and liturgical celebration: The relationship between liturgy and spirituality

Abstract

The article discusses the relationship between Christian life and celebratory dimension of faith and its implications for spirituality. The first part is a precision of aspects that help to understand how the liturgy is a dynamic reality that helps to live their faith and commitment to transforming reality. The second part delves into the relationship between liturgy and spirituality highlighting the elements that characterize the Christian spirituality permeates the liturgy and how this dimension of faith.

Keywords: liturgy, spirituality, faith, Christian life.

Vie chrétienne y célébration liturgique: La relation entre liturgie et spiritualité

Résumé

L'article aborde la relation entre la vie chrétienne et la dimension qui célèbre la foi, ainsi que ses implications face à la spiritualité. La première partie est une précision des aspects qui visent à comprendre la liturgie en tant que réalité dynamique, apportant une aide à vivre la foi et son engagement transformateur de la réalité. La seconde partie s'engage dans la relation entre liturgie et spiritualité mettant en avant les éléments qui caractérisent la spiritualité chrétienne et de quelle façon la liturgie imprègne cette dimension de la foi.

Mots-clés: spiritualité, existence chrétienne, foi, liturgie.

Introducción

La liturgia es fuente y culmen de toda la vida cristiana (SC 40), es necesaria para poder vivir y sentir la fe y contribuye de manera decisiva a configurar la vida del pueblo de Dios (López, 1994, pp. 337, 385). No es un añadido o un momento distinto de todo el conjunto de la existencia del cristiano. Este artículo pretende abordar la dimensión celebrativa de la fe y su estrecha relación entre la vida y la espiritualidad del creyente. La liturgia en su dimensión más profunda es mucho más que un espectáculo más o menos hermoso en que uno pueda recrearse, asistiendo a él como mero espectador u oyente, sin sentirse vinculado a él (Filthaut, 1965, p. 101). Puesto que cuando celebramos la liturgia, celebramos en la Iglesia lo que, fuera del edificio eclesiástico, se realiza en la historia humana¹. La primera parte está dedicada a abordar algunos elementos que ayudan a comprender la relación entre vida cristiana y celebración litúrgica, tales elementos son lo específico del culto cristiano, o sea sus elementos distintivos, la relación fe-liturgia y la relación entre liturgia y existencia cristiana. La segunda parte aborda lo referente a los elementos que constituyen una espiritualidad litúrgica.

Elementos para comprender la relación entre liturgia y vida cristiana

La novedad de la liturgia cristiana²

Todas las formas de religión tienen expresiones de culto que se manifiestan en signos rituales que ponen en evidencia la relación con la divinidad. Al acercarse a estas se puede advertir que, en sus múltiples y variadas formas, existen grandes

1 Confrontar Schillebeeckx (1971, p. 119). La liturgia es entonces una realidad "teándrica". La teología litúrgica no puede descuidar esa orientación antropológica común a toda la teología. De no ser así, la liturgia y, en concreto, los sacramentos que son el corazón de la misma, se convertirían en "signos insignificantes" como afirma Castillo (1981, p. 222).

2 La novedad, o mejor dicho, la especificación de la naturaleza del culto cristiano ha sido ampliamente tratada por diversos autores, aquí solamente se ofrece una síntesis esencial, pero para ampliar esta noción del culto cristiano puede verse López (1994, pp. 23-89), Martimort (1992, pp. 39-44), Vagaggini (1959, pp. 26-35, 124-156). Verheul (1967, pp. 11-152) y Maldonado (1995, pp. 9-81).

coincidencias en los ritos y las ceremonias³. Aunque la liturgia de la Iglesia tenga similitudes con otras manifestaciones de culto, no es el mero revestimiento cristiano de formas del sentimiento religioso, sino que constituye la expresión del hecho cristiano, el cual se funda en acciones divinas que constituyen la historia de la salvación. El hecho cristiano parte de la contingencia del acontecimiento. Su verdad es la de un hecho, no la de una exigencia. Su justificación proviene del testimonio, no de la demostración. Por eso, los sacramentos son misterios, o sea la continuación en el tiempo de la Iglesia de las grandes obras de Dios realizadas en el Antiguo y Nuevo Testamento.

Con base en lo anterior, se puede afirmar que la celebración cristiana se funda en experiencias de salvación, porque la humanidad ha sido redimida a partir de la vida humana de Jesús situada histórica y temporalmente (Schillebeeckx, 1971, p. 107). Dios ha actuado en la historia y lo sigue haciendo a través de la liturgia. Si la salvación estuviese centrada solo en el reconocimiento y aceptación de verdades de fe caeríamos sin duda en la gnosis, es decir, en una salvación por el conocimiento y no por la realidad⁴.

El nuevo culto que Jesús inaugura es la existencia temporal vivida de cara a Dios y a los hombres. No es la pretensión de ofrecer sacrificios rituales a Dios para que sea propicio. Es la acogida de una revelación y de una salvación que en Jesucristo han tenido su expresión cabal. La liturgia de la comunidad cristiana tiene, pues, esta novedad absoluta. Es memoria, en el ámbito de la fe, de las palabras y hechos de Jesús, especialmente de su muerte-resurrección. Es invocación de su nombre o de su intercesión ante el Padre, pues se le confiesa como Señor y se le considera presente, según su promesa, en medio de los que reúnen en su nombre (Mt 18, 20). Es celebración de todo lo que Jesús es, a partir del punto que une su existencia terrena con su vida gloriosa, el misterio pascual; la unicidad de su mediación hace que los cristianos no tengan otra cosa que celebrar sino a Cristo (Castellano, 1979, pp. 49-69).

La celebración cristiana es comunión intensa con Cristo, presente en la comunidad por el don de su Espíritu, a través de todos aquellos signos por él dejados en memorial, que expresan la identificación en su vida y en su destino

3 Confrontar López (1994, p. 109). Para la información y el análisis de las diversas teorías sobre el origen y la fenomenología del hecho religioso puede confrontarse Sahagún (1982) En todos los trabajos hay abundante bibliografía.

4 Confrontar Daniélou (1967, p. 38). Es preciso volver a estudiar la liturgia en relación estrecha con la historia de la salvación, tal como se afirmaba en (SC 5-7). Para ampliar sobre este tema se puede ver también Cullmann (1967) y López (1994, pp. 91-124).

de pasión y de gloria. El culto cristiano es también compromiso de continuidad en una vida semejante a la de Jesús de Nazaret. Es la lógica consecuencia de la comunión con su palabra y con su Espíritu. Al celebrar el misterio de Jesús, los cristianos hacen lo propio con su vida misma, y la unen en la oblación que da sentido cultural a toda la existencia. De esta forma, la liturgia cristiana es la ritualización de la vida de Jesús y de su muerte gloriosa, fundamento del culto nuevo, con la que los cristianos celebran su memoria y se unen a ella (Castellano, 1979, 49-69).

La liturgia es la celebración gozosa de acontecimientos salvíficos que se actualizan y se hacen operantes en el hoy de la Iglesia. Es la continuación-actuación del culto perfecto que Cristo tributó, en su humanidad, al Padre. De tal manera que en tal culto el rito no es ya directamente — como sucede en el culto natural — la expresión simbólica de la relación con que el ser humano trata de entrar en contacto con Dios, sino que es ante todo símbolo de la actuación con la que Dios efectúa la transformación de la persona en Cristo. Como consecuencia de esta acción, el ser humano será para Dios lo que Cristo era para el Padre: el hijo que lo honra y lo glorifica con su misma existencia, hecha de obediencia y de amor a él (Marsili, 1984, 1151).

Por eso, se dice que la celebración cristiana es propiamente epifánica, pues es manifestación de la alianza de Dios con Israel que recibe su cumplimiento en Cristo y desvela el significado profundo de la existencia humana en todas sus dimensiones (Scuarnech, 1997). Según López:

En este sentido, la liturgia es una acción sagrada, que santifica al hombre y da culto a Dios mediante una serie de gestos, palabras y símbolos. Todo este conjunto de signos forma parte de la sacramentalidad y de la ritualidad de la liturgia cristiana. (1994, p. 108)

En efecto, la humanidad de Cristo, unida a la persona del Verbo, fue instrumento de nuestra salvación. Por esto, en Cristo se realizó plenamente nuestra reconciliación y se nos dio la plenitud del culto divino (SC 5).

La liturgia cristiana resulta del hecho de incorporar la vida religiosa de la humanidad al propio modo de dar culto al Señor del pueblo de la Alianza (López, 1994, p. 25). Pero sería una apreciación falsa considerar los orígenes de la liturgia cristiana como el resultado de una fusión de elementos del culto de otras formas religiosas y de la liturgia judía (López, 1994, p. 24).

Concluyendo, se puede decir que el culto cristiano tiene estas características⁵:

- **Culto trinitario y filial:** es actualización e imitación constante de la consagración de Jesús al Padre en el Espíritu, es decir la glorificación del Padre y santificación en la verdad de los hombres hechos hijos suyos.
- **Culto cristológico y verdadero:** la muerte de Cristo se reveló como el auténtico sacrificio de expiación, de alianza, de consagración, de acción de gracias y de alabanza, él es el templo del culto verdadero atestiguado por el Espíritu, lugar del encuentro definitivo entre el hombre y Dios.
- **Culto espiritual:** es un culto en el Espíritu Santo que el Padre otorga por medio de su hijo Jesucristo a los que ha destinado a ser sus hijos, nacidos no de la sangre, ni de la voluntad de la carne, ni de la voluntad del hombre, sino de él mismo.
- **Culto eclesial, o sea, culto de la Iglesia:** los cristianos, como piedras vivas, edificados como casa espiritual, sacerdocio santo, se reúnen en asamblea santa para invocar sobre ellos mismos y sobre el pan y el cáliz de la comunión la presencia del Señor y la acción del Espíritu Santo. El nacimiento del agua y del Espíritu Santo y la participación en la unción mesiánica de Cristo han hecho a los fieles capaces de dar a Dios el culto verdadero y de manifestarse en medio del mundo como señal o sacramento de la unión con Dios y de la unidad de todo el género humano.
- **Culto sacramental interno y externo:** este se tiene en lo íntimo del corazón y es expresado en la conducta y en los signos propiamente cultuales. No puede haber oposición entre la actitud interior y el gesto externo, y menos aún gestos vacíos de sentido; Dios quiere misericordia antes que sacrificios, conversión de corazón antes que holocaustos.
- **Culto nuevo y escatológico:** el culto que Cristo inaugura lleva a su perfecto cumplimiento el culto de la antigua Alianza, pero al mismo tiempo lo transforma radicalmente al situarlo en el contexto de los tiempos mesiánicos.

5 Con relación a las características generales del culto cristiano se va a seguir casi íntegramente la propuesta de López (1994, pp. 52-55).

La relación fe-liturgia

Reflexionar sobre la relación existente entre fe y liturgia significa encontrarse con uno de los temas más interesantes que ayudan a comprender la naturaleza de la liturgia cristiana y a interpretar el papel que tiene dentro de toda la actividad eclesial⁶, puesto que la vida cristiana tiene en su base la fe, la cual se expresa mediante la confesión de unos contenidos doctrinales, pero sobre todo en la manera de vivir coherentemente con esos principios⁷ y en la celebración comunitaria de estos.

La fe no es otra cosa que la respuesta integral del hombre a Dios que se revela como salvador y es, al mismo tiempo, una sumisión confiada a Dios que habla y adhesión del espíritu a un mensaje de salvación lo que supone, por lo mismo, confianza y abandono en aquel que es el objeto de esta (Langevin, 1992, pp. 472-479). Ahora bien, si en el Antiguo Testamento el acento de la fe cae sobre el aspecto de confianza (Gn 15, 6; Ex 14, 31; Nm 14, 11), en el Nuevo Testamento resalta el aspecto de asentimiento al mensaje cristiano, que tiene su razón de ser en la intervención salvadora de Dios por la muerte y resurrección de su Hijo (1Co 15, 14.17)⁸. De esto, se deduce que la fe implica aceptar la salvación que Dios ofrece en Jesús⁹.

Visto de otro modo, fe significa siempre e inseparablemente dos cosas: tener una recepción festiva y exultante de la nueva vida (entendida esta como salvación), y, a la vez, hacer una decisión fundamentalmente absoluta a favor de ella y de su enraizamiento cada vez más profundo en toda la vida y la existencia (Håring, 1987, p. 795). Hay dos razones para relacionar la fe y la liturgia. La primera es el hecho de que la fe, al ser un acto totalizante de la persona, necesita

6 Confrontar Alfaro (1967, pp. 58-70). También puede consultarse Brovelli, (1994, p. 840).

7 Eso es lo que precisamente algunos autores afirman a propósito de la fe al decir que "el cristianismo no es principalmente ni definitivamente una doctrina; es la Persona misma del Hijo de Dios, hecho hombre, muerto y resucitado por la salvación de todos los hombres" (Alfaro, 1967, p. 58-70); ahora, esta fe en la persona de Jesús es definitivamente una adhesión afectiva, "que, si no se entiende como realidad unitaria, no se entiende en absoluto" (Bof, 1977, p. 583).

8 Confrontar Alfaro (1967, pp. 58-70).

9 A este respecto dice López, "[s]alvación es la plenitud de todo bien. Si el hombre ha sido creado por Dios a su imagen y semejanza, la salvación consistirá en la vida en plenitud de esta condición divina, gozando de todas las facultades humanas desde la salud corporal hasta la paz del espíritu" (1994, p. 96).

expresarse y celebrarse en unos gestos que expresen y realicen la condescendencia de Dios que sale al encuentro de la realidad corporal y comunitaria del ser humano (Langevin, 1992, p. 477).

La segunda razón para la relación entre fe y liturgia está en el hecho de que la liturgia cristiana es la actualización de la salvación de Dios aceptada en la fe, salvación propiciada por Cristo en su existencia terrena y, particularmente, en su misterio pascual, la cual ha tenido lugar en la historia, es decir, en este mundo y en el tiempo de los hombres¹⁰. De este modo, en la liturgia, que no es otra cosa que el misterio de Cristo operante en sus sacramentos (López, 1994, p. 315), se expresa la fe de la manera más rica, más original y más penetrante, precisamente porque creer no es solo una cuestión intelectual¹¹. Así pues, el aspecto totalizador de la fe encuentra en la liturgia su medio más eficaz de realización, ya que la liturgia no solo expresa el misterio salvador, el objeto de la fe, sino que, además, pone al creyente en contacto vivo y sacramental con él (López, 1994, p. 322).

Ciertamente que la fe se expresa también mediante una conducta auténticamente cristiana, pero hace falta también que la fe se realice vivencialmente por medio de la expresión simbólica, gracias a la cual los sentimientos y las actitudes adquieren forma y toman, por así decirlo, cuerpo, de modo que el hombre las hace suyas, las actualiza, las comparte con los demás y, en definitiva, las autentifica en el plano eclesial y comunitario. La liturgia es, entonces, la posibilidad y la oportunidad de que la fe, así entendida, pueda expresarse mediante palabras, gestos y acciones simbólicas (López, 1994, p. 326).

Es por medio de la liturgia que la fe se hace verdad asequible por todas las vías de la penetración en el misterio y echando mano de todos los recursos para cautivar la inteligencia, inflamar la voluntad, enriquecer la imaginación, ensanchar el espíritu y fortalecer las convicciones profundas. La celebración, pues, es el momento expresivo, ritual y sacramental de la fe que confesamos; es ámbito y lugar de encuentro objetivo con el misterio de la fe, y no solo a nivel de sensibilidad subjetiva o de expresión religiosa. De este modo, participar en la celebración litúrgica lleva consigo confesar, pero también vivir, la fe, disfrutarla, sentirla, amarla, apropiarla y confirmarla (López, 1994, p. 325).

10 Confrontar (SC 2, 5, 7). También revisar López (1994, p. 91).

11 Erróneamente, la fe se ha identificado muchas veces sin más con un proceso meramente intelectual. Por eso, es clave señalar que esta tiene un carácter global que encierra a la persona en todas sus dimensiones (Langevin, 1992, p. 476).

De esta relación estrecha que hay entre fe y liturgia se puede concluir que la última no es otra cosa que “fe celebrada”, cumplida, verificada sacramentalmente. La fe y su celebración vienen a ser, entonces, la vida, el amor, la gracia, la santidad, la comunión, el misterio de fe, acción, rito, palabra, gesto, comunicación, belleza, arte, ceremonia, sacramento (López, 1994, p. 316). Esto es debido a que la liturgia no busca ilustrar la inteligencia ni exponer ideas o razonamientos. Esta simplemente emplea los recursos de la intuición, de la poesía y del sentimiento para crear un clima de comunicación entre los componentes de la asamblea, y entre estos y el misterio celebrado (López, 1994, p. 338).

La relación liturgia y existencia cristiana

Los sacramentos, que constituyen el centro de la vida litúrgica, tienen cuatro dimensiones: demostrativa, conmemorativa, profética, prefigurativa y moral o de compromiso cristiano (López, 1994, p. 121). En este apartado se va a desarrollar esta última dimensión, puesto que “la liturgia necesita llevar a una experiencia vital la unión entre la fe, la vida cotidiana y la liturgia, en virtud de la cual el cristiano llegue al testimonio de Cristo (CELAM, 1968). En otras palabras, la presencia y la acción santificadora de los sacramentos disponen a los que participan en ellos a traducir en su existencia lo que han celebrado. De este modo, se puede afirmar que la vida moral es fruto de la vida litúrgica¹². En última instancia, la auténtica adoración consiste en la vida del hombre mismo, es el hombre que vive en la justicia. Pero la vida solo es vida verdadera cuando recibe toda su forma a partir de la visión de Dios. El culto existe como mediación de esa visión, para dar así vida y proporcionar a Dios la gloria (Ratzinger, 2001, p. 13).

La dimensión cristiana es algo que invade al ser humano en todos sus ámbitos y posibilidades. En el campo de la vida litúrgica, cuando una persona participa en una celebración, lleva consigo todo su rico y complejo mundo. Es necesario, por esta razón, liberarse de una visión dualista, que tiende a disociar —si no a contraponer— alma y cuerpo, naturaleza y sobrenaturaleza, hombre y cristiano, Iglesia y mundo, liturgia y vida. Ser cristianos no es una forma diferente de ser personas, sino que es un modo particular de ser humano. Es un dato que, de

¹² Revisar López (1994, p. 121) y Soler (2000, p. 196). Sobre el tema de sacramentos y proceso de liberación puede consultar Boff (2000, p. 63).

hecho, vale para todos los aspectos, situaciones y momentos de la vida, incluido el momento litúrgico o formativo litúrgico (Cullman, 1966, p. 884).

Por esto, se verán algunos presupuestos teológico-pastorales acerca de la comprensión integradora de todos los aspectos de la misión de la Iglesia para entender mejor la relación liturgia y existencia cristiana.

- **El carácter histórico de la salvación.** Esta es una de las líneas maestras de la doctrina del Concilio Vaticano II y es fruto de una teología bíblica sobre la historia de la salvación surgida en el campo ecuménico¹³. La visión de la historia como espacio de la salvación constituye, igualmente, la pauta metodológica para el estudio de la misión de la Iglesia (López, 1994, pp. 354-355).
- **La “ley de la encarnación”.** Es la comprensión de la encarnación como definitiva entrada de Dios en la historia y aceptación de Cristo como Emmanuel (Mt 1, 23), imagen del Dios invisible (Col 1, 15) y como evangelio de Dios (Mc 1, 1; Rom 1, 1). Esto significa que en Cristo se ha superado para siempre la idea de un Dios alejado o “fuera de nosotros”. En Cristo Dios ha entrado en comunión con el mundo para salvar al mundo. Cristo significa el cumplimiento histórico —*epháfax* (de una vez para siempre)— de la salvación: “la Palabra se ha hecho carne” (Jn 1, 14), es decir, realidad palpable (1Jn 1, 1-13) y ha plantado su tienda en medio de los hombres. Pero él, además, en su predicación se sirvió con frecuencia de los signos de la creación para dar a conocer los misterios del Reino de Dios (Lc 8, 10), y asumió los elementos de este mundo para expresar y realizar la fuerza de Dios que emanaba de él (Jn 2, 11; 6, 14, etc.)¹⁴.
- **La sacramentalidad de la Iglesia.** Se trata de la comprensión de la Iglesia como prolongación histórica de la carne del Verbo, es decir, como cuerpo y esposa de Cristo, como templo del Espíritu y como sacramento universal de salvación (SC 5; LG 1, 7, 48, entre otros). La Iglesia, en su existencia terrena, es continuación de la vida histórica de Jesús, pero está vinculada a su situación gloriosa, “de manera que es a la vez humana y divina, visible y dotada de elementos invisibles, presente en

13 Para ampliar sobre este tema puede consultarse Cullmann (1966)..

14 CIC 1151. Confrontar también López (1994, p. 356).

el mundo y, sin embargo, peregrina” (SC 2). La Iglesia, además, no se identifica con la salvación, o con el reino de Dios, o con el Evangelio, como Cristo, sino que es medio e instrumento al servicio de estas realidades. Pero, al mismo tiempo, es inseparable de su Cabeza; por eso, tampoco es de este mundo ni se le puede identificar con este, aunque su misión sea estar entre los hombres y caminar con ellos. La Iglesia tiene un “tiempo”, que transcurre entre la glorificación de Cristo y su última venida (Hch 1, 11); durante su transcurso, tiene que anunciar el evangelio e incorporar a los hombres al Misterio de Cristo (López, 1994, pp. 357-358).

- **Palabra y sacramento.** La Palabra de Dios y la liturgia son acontecimientos de salvación o intervenciones de Dios en la existencia concreta de los seres humanos y de la comunidad cristiana. En efecto, Dios se ha revelado “con hechos y palabras” intrínsecamente unidas, actuando y manifestando su designio de salvación (DV 2). Al mismo tiempo las intervenciones divinas se hacen visibles y se encarnan en una dimensión sensible, corpórea, social e histórica en la liturgia. Esta responde no solamente a la economía inaugurada en la encarnación, sino también a la necesidad simbólica y al carácter sacramental de la vida humana. Por eso, los signos sacramentales son una forma de palabra, no solo en cuanto lenguaje humano, sino también en cuanto que en estos la palabra divina alcanza su más alto grado de eficacia (CIC 1153). En estos, el anuncio se ha hecho realidad (CIC 1155). Los sacramentos y toda la liturgia son acciones de Cristo en la vida de los hombres y mujeres, no meros signos del culto religioso humano (López, 1994, p. 359).

El cristianismo es una religión encarnada, inmanente, es una fe histórica (López, 1994, p. 112). Esto quiere decir que es la confesión del hecho de que Dios ha actuado en nuestra historia. Los cristianos confiesan que Dios se ha revelado en Jesucristo y, por él, en la historia humana, en lo más insignificante y pobre de ella (Gutiérrez, 1989, p. 172). Por esto, se puede afirmar lo siguiente:

no hay dos historias, una profana y otra sagrada ‘yuxtapuestas’ o ‘estrechamente ligadas’, sino un solo devenir humano asumido irreversiblemente por Cristo, Señor de la historia. Su obra redentora abarca todas las dimensiones de la existencia y la conduce a su pleno cumplimiento. La historia de la salvación es la entraña misma de la historia humana. (Gutiérrez, 1987, p. 199)

Por eso mismo:

la fe cristiana no vive 'junto a' o 'sobre' la historia. No es la afortunada evasión de ella, de sus dolorosos cambios, de sus vuelos y momentos funestos, para refugiarse en un más allá de sin historia. Sino que es una fe fundada en un acontecimiento singular e irrepetible: sobre el definitivo 'sí' y 'amén' de Dios al hombre en su Hijo Jesucristo (2 Co 1,19s). (Metz, 1971, p. 73)

Por lo anteriormente dicho, se puede afirmar que el gesto litúrgico no es auténtico si no implica un compromiso de caridad, un esfuerzo siempre renovado de sentir como siente Jesús (Fil 2, 5) y una auténtica conversión (Celam, 1968, p. 3). De este modo, ir a la celebración litúrgica corona y comporta un compromiso con la realidad humana (GS 43), con el desarrollo y con la promoción, precisamente porque toda la creación está insertada en el designio salvador que abarca la totalidad del hombre (GS 41; Celam, 1968, p. 4). No basta con que el cristiano participe de manera activa, plena y consciente (SC 14) en las celebraciones litúrgicas, sino que su vida debe reflejar las realidades que ha celebrado en ellas (Häring, 1987, p. 794).

De lo contrario, se caería en la penosa ruptura entre la fe que se profesa y la vida ordinaria, lo cual debe ser contado como uno de los más graves errores de nuestro tiempo. Por eso, la vida del cristiano es una lucha constante por conseguir la síntesis vital de su esfuerzo humano, con los más altos dones religiosos, bajo cuya elevada ordenación todo se coordina para gloria de Dios (GS 1).

Existencia cristiana y liturgia son, pues, dos aspectos que no pueden permanecer separados o unirse solo artificialmente. Se celebra la liturgia de manera justa y fecunda si toda la existencia se hace cada vez más una eucaristía y una alabanza a Dios llena de agradecimiento (GS 1). La liturgia, que es cumbre y fuente de toda la actividad de la Iglesia (SC 10), debe estar en condiciones de contribuir, con modalidades propias, a la construcción de un mundo nuevo (Pistoia, 1987, p. 375). Esta no hace otra cosa que reproducir, actualizar e "imitar" sacramentalmente en nosotros la vida de Jesús para hacernos conformes al Hijo de Dios (Rom 8,29)¹⁵. Él "compartió nuestra condición humana menos en el pecado (Flp 2, 6-7);

15 Confrontar López (1994, p. 382).

anunció la salvación a los pobres, la liberación a los oprimidos y a los afligidos el consuelo (Lc 4,18-19)¹⁶.

Así pues, esta salvación que Dios vino a traer a la humanidad, que la Iglesia celebra en sus sacramentos (Rahner, 1964, p. 82), compromete a todo el cuerpo de Cristo, y por ende a cada cristiano, a ejercer su acción transformadora en el mundo, porque una iglesia que solo viviera y obrara para sí misma, no sería la Iglesia de Cristo. La Iglesia de Cristo existe en todo lo que hace de cara al mundo. El mundo, sépalo o no lo sepa, tiene necesidad de la ayuda fraterna de la Iglesia (Küng, 1967, p. 573). Es por esto que la Iglesia se esfuerza por inserir la lucha cristiana por la liberación en el designio global de salvación que ella misma anuncia (EN 38) y celebra, porque los gozos y las esperanzas, las angustias y las tristezas de los hombres de nuestros días, sobre todo de los pobres y toda clase de afligidos, son también gozo y esperanza, tristeza y angustia de los discípulos de Cristo (GS 1).

Todo sacramento es un gesto liberador de Cristo y privilegia, por tanto, a los marginados. Libera a la persona para que sea a instrumento al servicio de la liberación de los demás. Quien ha tenido esta experiencia no podrá permanecer neutral ante las formas de opresión y de injusticia que encuentre, ya que todo acto litúrgico actualiza la misión que brota del bautismo: ir a los hermanos. La celebración ofrece, de esta manera, luz y fuerza para dar un sentido nuevo al vivir de cada día (Magrassi, 1987, p. 1681). En definitiva, de nada servirían la teología litúrgica y la ciencia de la liturgia o la formación y la pastoral litúrgicas, si no lograsen que los fieles y los ministros que participan en las celebraciones penetrasen vital y existencialmente en el misterio y lo manifestasen después en su conducta y en su testimonio (López, 1994, p. 382).

Una espiritualidad marcada por la liturgia¹⁷

En la liturgia hay una relación constante entre celebración y vida, en el sentido de lo que se celebra implica ser traducido en la vida. De este modo toda vida cristiana es "liturgia", en cuanto es culto espiritual (Rm 12, 1). De la mezcla entre celebración litúrgica y vida nace la espiritualidad (Soler, 2000, p. 45).

16 Confrontar Comisión Episcopal de Liturgia, Música y Arte Sacro de México (2013).

17 La espiritualidad litúrgica está a la base de todas las "espiritualidades", es un medio necesario para vivir cualquier espiritualidad cristiana Farnés (1997, pp. 93-112).

La vida en el espíritu

Todo ser humano tiene una “vida espiritual”, porque vive su vida con espíritu. La vida espiritual no es algo regional y menos en oposición a otro tipo de vida “material” (Sobrino, 1990, 452-453). La expresión vida en el espíritu, también conocida como vida espiritual, o espiritualidad, tiene varias aproximaciones:

- Para unos, una vida espiritual o espiritualidad es sinónimo de vivir bajo la acción del Espíritu. Tan es así que es cada vez más común entender la espiritualidad como la “vida en el Espíritu” (Congar, 1983, p. 305).
- Para otros es la forma envolvente y unificadora de entender toda la vida: Dios, el hombre, la muerte, el universo, la historia, el amor. Se trata de ver todo en una concepción de vida en la que la persona encuentra a la humanidad y en la que la persona se encuentra a sí misma con su misión. Es una visión de la vida a partir de unas convicciones de fe¹⁸.
- Para otros, la espiritualidad es la integración de toda la persona desde la fe. No es más que la estructuración de una persona adulta en la fe, según su propia inteligencia, su vocación y sus carismas por un lado y las leyes del universal misterio cristiano por otro (Besnard, 1965, pp. 27-41). La espiritualidad es, pues, la forma concreta que cobra la identidad cristiana encarnada en las circunstancias propias de la vida de un cristiano o un grupo de cristianos¹⁹.

Espiritualidad, entonces, es un estilo o forma de vivir según las exigencias cristianas, hace referencia a la relación personal del creyente con Dios y, en consecuencia, al conjunto de actitudes interiores y exteriores y de acciones que determinan dicha relación. Implica, pues, el ámbito de la fe, la oración y su traducción concreta en la esfera personal y en la entera existencia así como su vinculación comunitaria. En este sentido, por *espiritualidad* se entiende no una parte de la

18 Confrontar Paoli (1986, pp. 16-30). Esta opinión es compartida por Balthasar (1965, pp.7-23) y Vitoria (1987, pp. 373-389).

19 Confrontar Martin (1987, p. 373). En la misma línea se lee esta afirmación de Jon Sobrino: “Se busca aquella espiritualidad que sintetice el ser hombres y el ser creyentes, el salvar y el ser salvados, el servir a Dios y el remitirse a Dios” (1987, p. 60).

vida, sino la vida toda guiada por el Espíritu Santo y afecta, por lo tanto, a lo más íntimo de la persona y la lleva a exigencias y compromisos concretos²⁰.

En definitiva, podría decirse que vida espiritual es vivir conformados al Hijo, según las palabras de San Pablo: Dios, a los que de antemano conoció, también los predestinó a estar conformados con la imagen de su Hijo, para que él fuese el primogénito de muchos hermanos (Rm 8, 29). La espiritualidad se entiende con referencia a la estructura de toda la persona y no como algo que se sobreañada o como algo accidental. Desde esta base se presenta la espiritualidad cristiana como la integración de toda la persona desde la realidad teológica. La espiritualidad se entiende en referencia a la misma identidad del cristiano (Gamarra, 1995, pp. 430-452). De ahí que el programa de la vida cristiana ha de ser la progresiva transformación de toda la existencia en verdaderos hijos de Dios en el Hijo Jesucristo, para hacer realidad plena el otro dicho paulino: “vivo yo, más no yo, es Cristo quien vive en mí” (Gal 2,20) (López, 1994, p. 382).

¿Qué se entiende por espiritualidad litúrgica?

Lo que se conoce como espiritualidad litúrgica es un concepto moderno. Este es fruto del movimiento litúrgico y del asentimiento por parte del magisterio, sobre todo de Pío XII y del Vaticano II, los cuales afirman que la liturgia es la parte o aspecto principal de la piedad de los fieles, aunque no ciertamente la única (Farnés, 1997, pp. 75-108).

No se puede concebir una vida cristiana que se sitúe fuera o al margen, porque la liturgia es el lugar donde el cristiano se incorpora a Cristo y asume su misterio de salvación. Liturgia y vida espiritual no son elementos independientes ni mucho menos yuxtapuestos, porque la obra de salvación, la vida espiritual y la liturgia son inseparables²¹. De esta forma, la liturgia ofrece al cristiano un medio y una fuente constante de crecimiento y de desarrollo en la vida cristiana. La liturgia es la continuación de la obra sacerdotal de Cristo, el cual está presente y activo en todas las acciones litúrgicas (SC 7). Se ve cómo la liturgia es la fuente de la que brota la vitalidad de la Iglesia. Esta bebe de ella el Espíritu del Señor que la llena de vigor y energía para todas sus actividades²².

20 Confrontar (EAm 29). Revisar Soler (2000, p. 12).

21 Revisar Soler (2000, p. 42) y Costa (1974, pp. 373-386).

22 Revisar (SC 10; LG 11). También consultar López (1994, p. 385).

Espiritualidad litúrgica es la actitud del cristiano que funda su vida sobre el ejercicio auténtico de la liturgia, de manera que esta llega a ser cumbre y fuente de toda su actuación (SC 10), para que, en definitiva, su vida sea expresión del Misterio Pascual (*Inter Oecumenici* 5-7). Puede describirse aproximadamente así: la espiritualidad es una actitud permanente o estilo de vida cristiana, basadas en la asimilación e identificación con Cristo, producidas por el bautismo y la confirmación y alimentadas por el ejercicio de la participación plena en la eucaristía y los sacramentos y en la plegaria de la Iglesia, todo ello dentro del marco fundamental del año litúrgico²³.

Espiritualidad litúrgica es, en conjunto, una espiritualidad sacramental, o sea, consiste en la disponibilidad para celebrar los grandes sacramentos de la Iglesia de una forma viva, con una participación consciente, activa y llena de fe y, según las normas de estos sacramentos, para insertar toda la vida en las dimensiones inconmesurables de la obra salvífica de Cristo; muertos y resucitados con él, llenos de su Santo Espíritu, tendiendo siempre a celebrar su memorial a lo largo de los tiempos del año y del día, dispuestos a hacer penitencia y a dejarse vigorizar en la enfermedad y frente a la muerte, revestidos de la gracia de estado que capacita al creyente a edificar el Cuerpo de Cristo dentro de la Iglesia y de la comunidad humana (Neunheuser, 1987, p. 692).

La espiritualidad litúrgica supone que se celebren de manera genuina las acciones litúrgicas y que se tienda a aquella participación plena, consciente y activa, que exige la naturaleza de la liturgia misma y a la que tienen derecho y obligación todo el pueblo cristiano en virtud del bautismo²⁴. La genuina espiritualidad litúrgica es siempre la unión de una celebración santa y de su continuación en la vida. Supone tres estadios: la celebración sacramental propiamente dicha; la extensión de esta realidad litúrgica en el espacio de la jornada y del tiempo festivo, a través de la celebración y ejecución de las correspondientes acciones litúrgicas y de piedad, y la realización e irradiación de todo esto en la vida cotidiana del individuo y de la comunidad. Todo esto tiene el propósito de que sea en Cristo Jesús, en el Espíritu en marcha hacia el Padre (Ef 2,18; 3.16-4,16)²⁵. De esta forma,

23 Así se ha intentado delinear el concepto de espiritualidad litúrgica en las lecciones dadas sobre el tema en el Pontificio instituto litúrgico de San Anselmo, en el Instituto de Espiritualidad de la Pontificia Universidad Gregoriana (Roma) y en el Instituto Litúrgico Pastoral Santa Justina (Padua) en los años 1970-1975. Sobre esto Neunheuser (1987, p. 677), López (1994, p. 387), Soler (2000, p. 43), Augé (1995, p. 250).

24 Revisar (SC 14 y 48). También Neunheuser (1987, p. 692).

25 Revisar Neunheuser (1987, p. 692).

la espiritualidad litúrgica pone acentuadamente en primera posición la celebración de la liturgia misma.

Características y propiedades de la espiritualidad litúrgica

Las notas que definen la espiritualidad litúrgica muestran la actitud y el talante de aquellos que se dejan guiar por la Iglesia a través de la vida cristiana siguiendo el itinerario de la liturgia. Antes de presentar las características de la espiritualidad litúrgica se dirán algunas propiedades de la misma²⁶.

En primer lugar, se puede decir que la espiritualidad litúrgica tiene una validez universal, es decir que es válida para todos en cualquier tiempo y espacio, porque tiende a reconducir (recapitular) todas las diferencias psicológicas e históricas a la única realidad de la redención de Cristo, destinada a superar todas las divisiones y a crear la unidad entre todos los hijos de Dios (Soler, 2000, p. 46).

En segundo lugar, se puede decir que la espiritualidad litúrgica es objetiva, porque no está a merced de la subjetividad o de la emotividad del individuo o del momento. Presenta e incorpora en el misterio de Cristo por medio de unos textos escogidos, no en función del estado de ánimo o de los gustos particulares, sino en función de los que celebra la Iglesia. Tampoco está a merced de gustos en lo que respecta a unos aspectos u otros del misterio, lo que permite un progreso gradual en la incorporación del cristiano a Cristo (Soler, 2000, p. 46).

Junto a las dos propiedades anteriores se puede decir también que la espiritualidad litúrgica es dialogal. Esto es debido a que en la liturgia el cristiano es guiado a contemplar cada vez más intensamente la gloria del Señor, “como en un espejo” (2Co 3,18), hasta ser transformado en esta misma imagen. Eso se hace por medio del diálogo que se establece entre Dios y su pueblo en la proclamación de la Palabra y de los sacramentos (Soler, 2000, p. 47).

Finalmente la espiritualidad litúrgica es comunal, porque ha de tener como efecto que se estrechen los lazos de comunión eclesial, en primer lugar entre la comunidad local, que es la actualización del misterio de la Iglesia y la concreción de la Iglesia. Por esto se puede afirmar que es en la liturgia donde mayormente se manifiesta el misterio de la Iglesia (Soler, 2000, p. 48).

Después de la presentación de estas propiedades de la espiritualidad litúrgica, se pueden enumerar sus características:

26 Para ampliar sobre las propiedades pueden verse Panteghini (1971) y Marsili (1981).

- **La espiritualidad litúrgica es esencialmente bíblica.** Eso quiere decir que está basada en la Biblia como Palabra de Dios revelada y actualizada en la historia (Marsili, 1994, p. 64; López, 1994, p. 390). La liturgia no solo “se sirve” de la Escritura, sino que no puede prescindir de ella, porque es la escritura la que prepara y desarrolla la acción litúrgica en su valor de salvación. Es también la Palabra la que da eficacia a los sacramentos (Soler, 2000, p. 49). Por eso, la espiritualidad litúrgica tiene en el Leccionario de la Palabra de Dios no solo el principal libro de meditación y de plegaria, sino el anuncio constante de una salvación que es historia personal y comunitaria. Pero es preciso, entonces, no solo leer la palabra, sino que esta sea proclamada, vivida, celebrada en el ámbito eclesial-comunitario de la liturgia (López, 1994, p. 390).
- **La espiritualidad litúrgica es histórica y profética.** Esta lleva a penetrar en el significado salvífico de los acontecimientos de la historia del pueblo de Dios, especialmente de la vida de Cristo, y de la propia existencia individual y colectiva, en la cual sigue actuando el misterio divino de salvación (Ef 3, 3-10)²⁷. Para esto, la liturgia desarrolla los misterios de la salvación en forma cíclica. La espiritualidad litúrgica es siempre inserción total, pero sucesiva e ininterrumpida en el mismo misterio de Jesucristo, y esto con el fin de crear en cada ciclo una imagen completa de Cristo, aun cuando la persona no la pueda absorber de forma perfecta. Para superar esta imperfección de absorción, está la repetición ininterrumpida del ciclo, de modo que el ciclo sucesivo supla lo que no alcanzó en el precedente (Soler, 2000, p. 52).
- **La espiritualidad litúrgica es cristocéntrica y pascual.** Esto se debe al hecho de que la liturgia no tiene otra función que revelar, anunciar y hacer presentes las acciones salvíficas de Cristo (Marsili, 1981, pp. 60-62; López, 1994, p. 391). En la liturgia, Cristo ocupa siempre el primer lugar, porque lo que busca es propiciar un encuentro salvífico con él y unir a él toda la vida. Por esto, la celebración litúrgica siempre es tiempo privilegiado de gracia (*kairós*) (Soler, 2000, p. 48). La cima del misterio de Cristo es el pascual. Al decir que la espiritualidad litúrgica es pascual, se afirma que está enraizada en el hecho divino de la salvación realizada en Cristo, muerto y resucitado. Su vida divina es

27 Revisar López (1994, p. 391).

comunicada al creyente, para transformar su propia existencia, y esta comunión profunda que la liturgia establece entre Cristo y el creyente lo adentra en su misterio y lo une a su culto al Padre (Soler, 2000, p. 49). De esta forma, los misterios que se celebran en la liturgia no son hechos que han quedado relegados en la historia, sino que son realidades de salvación objetivamente existentes y presentes en virtud del sacramento (Casel, 1953, p. 46).

- **La espiritualidad litúrgica es sacramental.** Esto ocurre en cuanto la liturgia se sirve de los signos y del lenguaje simbólico para expresar y comunicar una realidad invisible (Marsili, 1981, pp. 49, 64). Los signos sacramentales no son solo medios de participación directa y eficaz en los actos redentores de Cristo, sino que son medios de comunicación con la persona de Jesús y de asimilación de su vida (López, 1994, p. 391). A partir de los sacramentos el cristiano se va transformando en Cristo hasta que llega a ser imagen de él (Soler, 2000, p. 50), o sea, se da una asimilación sacramental de Cristo o una imitación en la propia vida de los misterios celebrados en la liturgia (López, 1994, p. 391). Este tema aparece expresado en muchas oraciones: imitar o cumplir en las obras cuanto se celebra en el sacramento²⁸. En este sentido, la espiritualidad litúrgica es “mística”, en el sentido de que depende del misterio y se desarrolla en él y supone una experiencia existencial (Soler, 2000, p. 50).
- **La espiritualidad litúrgica es una espiritualidad mistagógica.** La liturgia es el momento para entrar en contacto con el misterio salvador de Dios, no es la ocasión para dar una idea ni de ofrecer un ejemplo moralizante. Este misterio salvador de Dios debe transformar la propia vida. Por eso la liturgia, en este sentido, es mistagogía, iniciación afectivo-real en el misterio (López, 1994, 392). De aquí, nace la espiritualidad mística en el sentido más genuino de la palabra: como una actualización del misterio en la vida del cristiano (Vagaggini, 1959, pp. 671-700).
- **La espiritualidad litúrgica es dinámica y sintética.** Se dice esto porque esta asume la historia humana y la somete a la dinámica salvífica de la

28 Revisar en Comisión Episcopal de Liturgia, Música y Arte Sacro de México (2013), la Oración colecta de la feria sexta de la Octava de Pascua, la Oración sobre las ofrendas de la misa de San Vicente de Paúl (27-IX), y de San Juan de la Cruz (14-XII) Oración colecta del domingo I de Cuaresma, Oración después de la comunión del domingo III de Cuaresma, etc.

pascua del Señor. El dinamismo que adopta la espiritualidad litúrgica al ritmo de la mistagogía de la liturgia permite sintonizar a cada creyente y a cada comunidad participantes en las celebraciones de la Iglesia, con toda ella, es decir, con todas las asambleas locales de los fieles legítimamente reunidas y presididas por sus pastores (LG 26; SC 41-42). Más aún, les permite también estar en comunión de fe y de adoración con toda la Iglesia celeste, con los santos y con todos los que están en la presencia del Señor (López, 1994, pp. 393-94), mientras esperan la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo²⁹.

- **La espiritualidad litúrgica es eclesial.** La liturgia es una acción de Cristo, pero realizada por y mediante la Iglesia. Cristo y la Iglesia son inseparables. Con el bautismo cada cristiano es introducido en el sacerdocio real (SC 14) que se ejerce en el interior del cuerpo eclesial de Cristo. En profundidad el ministro y el sujeto de toda liturgia es la Iglesia. En la liturgia, el cristiano, unido a los demás que forman la asamblea, ejerce su sacerdocio real en la alabanza y en la súplica y recibe de Dios, la Palabra y el sacramento.

En la liturgia se va “sintiendo con la Iglesia”, puesto que, dejando todo subjetivismo, el propio interior se va armonizando con los sentimientos de la Iglesia que van de la mano con el calendario litúrgico y las distintas acciones litúrgicas. Celebrar la liturgia supone sentirse Iglesia y estar insertado más profundamente cada vez en la comunión eclesial. Que la espiritualidad litúrgica sea eclesial significa, pues, también, que inserta en la dinámica de la acción del Espíritu (Soler, 2000, pp. 50-51).

29 Revisar de Comisión Episcopal de Liturgia, Música y Arte Sacro de México (2013) la Oración del Embolismo.

Referencias

- Alfaro, J. (1967). La fe como entrega personal del hombre a Dios. *Concilium*, (21), 58-70.
- Augé, M. (1995). *Liturgia: Historia, celebración, teología, espiritualidad*. Barcelona: Centre de Pastoral Litúrgica.
- Balthasar, H. (1965). El evangelio como criterio y norma de toda espiritualidad. *Concilium*, 1(9), 7-23.
- Besnard, A. (1965). Tendencias dominantes en la espiritualidad contemporánea. *Concilium*, 1(9), 27-41.
- Bof, G. (1977). Fe. En *Nuevo diccionario de teología*. Madrid: Cristiandad.
- Boff, L. (2000). *Los sacramentos de la vida y la vida de los sacramentos*. Bogotá: Indoamerican Press Service.
- Brovelli, F. (1994). Fe y liturgia. En *Nuevo diccionario de liturgia*. Madrid: Paulinas.
- Casel, O. (1953). *El misterio del culto cristiano*. San Sebastián: Dinor.
- Castellano, J. (1979). Celebración litúrgica y existencia cristiana. *Revista de Espiritualidad*, (150), 49-69.
- Castillo, J. (1981). *Símbolos de libertad*. Salamanca: Sígueme.
- Comisión Episcopal de Liturgia, Música y Arte Sacro de México. (2013). *Misal Romano*. México: Obra Nacional de la Buena.
- Concilio Vaticano II. [SC] Constitución sobre la sagrada liturgia *Sacrosanctum Concilium*.
- Concilio Vaticano II. [LG] Constitución sobre la iglesia *Lumen Gentium*.
- Concilio Vaticano II. [DV] Constitución sobre la divina revelación *Dei Verbum*.
- Congar, Y. (1983). *El Espíritu Santo*. Barcelona: Herder.
- Costa, E. (1974). La celebrazione. Fonte e culmine della vita spirituale. *Rivista Liturgica*, (61), 373- 386.
- Cullmann, O. (1966). *Una teología de la historia de la salvación*. Barcelona: Estela.
- Cullmann, O. (1967). *La historia de la salvación*. Madrid: Península.
- Daniélou, J. (1967). *Historia de la salvación y liturgia*. Salamanca: Sígueme.
- Farnés, P. (1997). Espiritualidad litúrgica. *Scripta Teológica*, 29(1), 93-112.
- Filthaut, T. (1965). *La formación litúrgica*. Barcelona: Herder
- Gamarra, S. (1995). Espiritualidad del clero diocesano en el seminario. *Surge*, 53(571), 430-452.
- Gutiérrez, G. (1987). *Teología de la liberación: Perspectivas*. Salamanca: Sígueme.

- Gutiérrez, G. (1989). *El Dios de la vida*. Lima: Centro de estudios y publicaciones.
- Iglesia Católica. [CIC]. *Catecismo de la Iglesia Católica*. Vaticano: Librería Editrice Vaticana.
- Häring, B. (1987). Existencia cristiana y liturgia. En *Nuevo diccionario de liturgia*. Madrid: Paulinas.
- Küng, H. (1967). *La Iglesia*. Barcelona: Herder.
- Langevin, G. (1992). Fe. En *Diccionario de teología fundamental*. Madrid: Paulinas.
- López, J. (1994). *En el espíritu y la verdad: Introducción teológica a la liturgia*. Salamanca: Secretariado Trinitario.
- Magrassi, M. (1987). Promoción humana y liturgia. En *Nuevo diccionario de liturgia*. Paulinas: Roma.
- Maldonado, L. (1995). *La acción litúrgica de la Iglesia: Sacramento y celebración*. Madrid: San Pablo.
- Marsili, S. (1981). *Mistero di Cristo e Liturgia nello spirito*. Roma: Liturgiche.
- Marsili, S. (1984). Liturgia. En *Nuevo diccionario de liturgia*. Madrid: Paulinas.
- Marsili, S. (1994). *Principios de espiritualidad litúrgica: Liturgia y vida espiritual*. Barcelona: Centre de Pastoral Litúrgica.
- Martimort, A. (1992). *La Iglesia en oración*. Barcelona: Herder.
- Martin, J. (1987). *La espiritualidad del presbítero diocesano en la coyuntura histórico-social actual. Simposio de Espiritualidad del presbítero diocesano secular*. Madrid: Edice.
- [Medellín, 1968]. *Iglesia y liberación humana. Los documentos de Medellín, etc.* (II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano.). (1969). Barcelona: Editorial Nova Terra.
- Metz, J. (1971). *Teología del mundo*. Salamanca: Sígueme.
- Neunheuser, B. (1987). Espiritualidad litúrgica. En *Nuevo diccionario de liturgia*. Roma: Paulinas.
- Pablo VI. [EN]. Exhortación apostólica sobre la evangelización en el mundo contemporáneo *Evangelii nuntiandi*.
- Panteghini, G. (1971). *Cristo centro della Liturgia*. Padua: Messagero.
- Paoli, A. (1986). Una espiritualidad con sabor a tierra. *Vida Nueva*, (2), 16-30.
- Pistoia, A. (1987). Compromiso. En *Nuevo diccionario de liturgia*. Madrid: Paulinas.
- Rahner, K. (1964). *La Iglesia y los sacramentos*. Barcelona: Herder.
- Ratzinger, J. (2001). *Introducción al espíritu de la liturgia*. Bogotá: San Pablo.
- Sahagún, J. (1982). *Interpretación del hecho religioso*. Salamanca: Sígueme.
- Schillebeeckx, E. (1971). *Dios futuro del hombre*. Salamanca: Sígueme.

- Scuarneq, M. (1997). Celebrar es un arte. *Actualidad Litúrgica*, (137), 2-20
- Sobrino, J. (1987). *Liberación con espíritu*. Santander: CEP.
- Sobrino, J. (1990). *Espiritualidad y seguimiento de Jesús. Mysterium Liberationis: Conceptos fundamentales de la teología de la liberación II*. Madrid: Trotta.
- Soler, J. (2000). La liturgia fuente de la vida espiritual. *Cuadernos Phase*, 106.
- Vagaggini, C. (1959). *El sentido teológico de la liturgia*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
- Verheul, A. (1967). *Introducción a la liturgia: Para una teología del culto*. Barcelona: Herder.
- Vitoria, J. (1987). Vivir en el Espíritu Santo historia adentro. *Iglesia Viva*, (130-131), 373-389.

